

**NILA LOPEZ**

**EL  
BROCAL  
AMARILLO**

**ediciones  
asedio**

**Colección LA GARZA  
1984  
UNA POETISA JOVEN**

Lentamente —la lentitud puede ser también una garantía— van ascendiendo al nivel édico nombres femeninos nuevos. No siempre son estos nombres “jóvenes”, en el sentido puramente cronológico, que fija a este adjetivo límites precisos, “verdes”. Verdes de esa lozanía que creativamente se anticipa a la flor y no digamos al fruto. Los nombres más recientemente promovidos van acercándose a una gentil madurez floreciente —Lilian Stratta, Gladys Carmagnola, Raquel Chaves—. Y por Asedio lo hace ahora Nila López, representante de una generación más joven: hecho auspicioso, que diría un cronista.

Nila López, a pesar de ser periodista y de tener fácil acceso a los medios de difusión, no ha sido nunca pródiga en la publicidad de su poesía. Lo poco que de ella conocíamos la caracterizaba como una voluntad de enfrentamiento a lo rutinario, a lo que encasilla, inmoviliza, metodiza —en el más atarácico sentido— el fluir libre e incesante del pensamiento, restándole espontaneidad, gracia, opción a la aventura regeneradora de la fantasía.

Pero Nila escribía mucho más de lo que publicaba, como ahora vemos. Es cierto que tener

poemas suficientes para llenar un volumen no significa tener obra merecedora de edición. Todos sabemos que como regla —a la cual no faltan por supuesto nobles excepciones— son los poetas poco favorecidos de Dios los más fértiles. Ello se explica quizá porque sus poemas les cuestan lo que valen.

Ha sido una grata sorpresa leer los originales de Nila: estos poemas casi todos ellos inéditos y que parecen ir adelgazándose en materia —no en esencia— a medida que avanza el libro, haciéndose más breves solamente mediante la condensación de su estructura metafórica. Y, paradójicamente, también más transparentes.

En el libro de Nila, el predominio del tema hace del libro sustancialmente un poemario del amor en su faz más delicada y espiritualmente enriquecedora: el dolimiento y desvalimiento femenino ante el dios inconsciente y terrible. Son breves aperturas de cortina celosa sobre una intimidad profundamente sensitiva y a la vez rigurosamente contenida en los posibles desbordes emocionales por un ansia exasperada de buscar los límites del símbolo. Sin quererlo surge la imagen de las mujeres orientales —a las cuales Nila recuerda con su apasionado color de española—

cubiertas las caras con el velo. Tras el cendal, recatado totalmente el rostro —la móvil máscara delatora— sólo la mirada puede decir algo del ánimo confinada. Y aún pueden los ojos cerrarse y revelar algo sólo con un temblor de párpados.

Nilá dice del amor lo que puede decir la pasión humana y femenina sacudida por las ráfagas más vitales. Pero el pudor oracular de la metáfora abarcante, sin traicionar la realidad íntima, la transporta a una clave en la cual, reconocible siempre, lo es por su resplandor y no por la materia.

Una sensibilidad de mujer quiere hacer del todo suya su propia voz, y busca para ella, con fortuna, su ámbito propio, nunca ubicable fuera de la propia hondura.

Saludemos a esta voz femenina liberada.

**Josefina Plá**

*Lejos,  
en el sur o en el norte.  
Por todo lo que fuiste y lo que no fuiste.  
A ti.*

¿Qué soy  
sino este tiempo  
vestido de mujer?

**NACER**  
**SIN NINGUN DATO**

# I

La calavera.

El carnaval perenne y destemplado.

Esta boca putrefacta  
deformándose sin muecas,  
horadando su angustia.

La precaria armadura  
que muerde, empuja, escupe  
arañando sin dientes  
mi pozo sin bozal y sin preguntas.

## II

La vida está llena de Mancuspías.

— ¿Que son las mancuspías?— pregunté.  
Y mi amiga, candorosamente, contestó:  
“Eso es lo que me pregunto yo también”.  
¿No es para morir de rabia?

### III

Con qué plena ansiedad  
varada ante los frenos  
busqué la luz, el fuego,  
la calle y la manzana.

## IV

El rito  
es casi un viejo templo sin recuerdos.  
Inútil ejercicio.  
Todo se muda a veces sin remedio.  
La soledad avanza en sus preguntas  
y amanece.  
¡Amanece!

## V

Los dolores antiguos  
están tranquilos  
acostados en el catre de lona.  
La amiga inesperada  
hace un momento  
prometió con susurros  
pasar a retirarlos.

## VI

Percibí los sigilos  
de muertos en sus casas  
sin conocer  
sus ritos y festejos nocturnos,  
sin aprender sus rostros  
ni sus zapatos siguiéndoles las huellas.

## VII

Ladra un perro.  
Los gatos gimen. El árbol se endereza.  
Una niña se viste las medias de seda  
y este infinito sopor  
golpea el piso cuando hace frío frío frío  
y las sonrisas se cuajan  
debajo de las puertas.  
Tantos secretos por parir,  
Señor, apabullantes.  
Me duele contenerlos.

Susurros, plegarias, diente en lágrimas,  
qué más da si me ha dejado el taxi  
en esta esquina de transeúntes desvelados.  
Crezco en la sorpresa  
de no reconocer el aroma del alba.  
Y amarillea el viento,  
me tocan,  
me habla una mujer desconocida

y mi ojo helado,  
mi boca muda le abraza,  
invasora a destiempo.

Pueden repartir la torta:  
la comerán los que conocen su sabor.  
Después de entrever las diferencias,  
un grillo me golpea el cráneo,  
aquí donde se abultan los recuerdos  
y las palabras llaman a la prisa  
por respirar tierra,  
aire, pureza de desierto.

## VIII

¿Cómo serán los otros secretos?  
Los que no pueden contarse.  
Nacen sin ningún dato,  
con la oscura certeza  
de un antiguo llamado  
que ya estaba aquí  
antes de que yo fuera pensada.

## IX

Tantos soles entreveo, lejanos,  
y los ojos detenidos no los alcanzan  
ni hay lámparas que los reemplacen  
para mi caricia, mi brazo, mi espera.

## X

La ceniza está ciega.  
No sabe nada  
del color de una mano,  
de la humedad,  
de mí,  
de la ventana.

Déjenla sola,  
ser polvo y esparcirse  
sin prisa,  
viva molécula de dudas:  
una nube amarilla que decanta  
el mediodía.

## XI

Inevitablemente  
debo doblar en la esquina  
sin temor de cruzar la calle,  
sin observar a nadie,  
sin despedirme de los vecinos  
y otras personas piadosas.  
Me despreocupo del reloj.  
Sólo me mantienen alerta  
los últimos rayos de sol  
que se acercan a la ventana.

Atardece  
mientras se pierde el brillo en el verde  
y algo más que la sombra  
entra a la casa,  
hasta mi taza de café a mediotomar,  
hasta mi pecho.

## XII

Tiempo para este tiempo.

Calma.

No es tarde ni temprano:

un cuadrado, un triángulo,

una circunferencia de silencios.

Pan para mi vientre desolado.

Confesores míos, acunadme

y dejadme dormir a solas esta siesta;

qué larga es, qué larga.

Señor, ¿querría cederme su lápiz?

Debo escribir un canto a los muertos.

### XIII

Hay un pájaro muerto en el asfalto.  
Abandonado,  
grotesco,  
seco de sangre,  
el ala triturada,  
el pájaro mira desde arriba  
su cuerpo asesinado.

¡Hay un pájaro muerto en el asfalto!  
Pero es más urgente  
la luz verde del semáforo.  
No importa volver a pisotear  
el pájaro, el asfalto,  
el asfalto y el pájaro.  
(Quien observó la escena dijo:  
“No es matanza premeditada,

cómo se le ocurrió al ave  
pisar el suelo de los hombres”).

Pero el pájaro, amado,  
ahora vaga en otro círculo:  
una rama dorada quema sus alas  
y el pájaro respira.  
Para siempre  
sabe que también nace el vuelo  
en alas mutiladas.

## XIV

Estaba de moda  
hacer películas  
sobre el Vietnam.

Hoy está bien  
visto el jueves.

Mañana  
trotaremos dos vueltas de manzana  
y el mes que viene  
endiosaremos la comida china.

Todos estos demonios  
saltan, gritan,  
bailan.

Y los alimentamos  
dócilmente,  
sin amarnos.

## XV

Sorda, ciega,  
despido soberbiamente a todas  
las ofertas de vida.  
Pero alguna  
queda, solitaria,  
llamándome con sus incógnitas.  
Un tímpano olvidado  
me recuerda  
que en la alta tarde  
todavía respira un viejo canto.

## XVI

Ayer decidí mirarte desde la antigua reja.  
Quise escucharte y no pude.

Pasaste diciendo adiós con gesto repetido  
y detuviste el paso ante la misma cerradura.  
Sacaste tus llaves  
buscando la precisa.

Habitante respetuoso de horas numeradas,  
entraste a la cocina  
(creaste un sitio útil para todo)  
y repetiste cabalmente el ritual:  
un abrelatas  
y un plato  
y otra llave.

## XVII

En avatares múltiples  
espera  
el momento generoso  
en que ya no haga falta  
llamar por teléfono  
antes de ir a casa ajena.

No sabe  
que en la iglesia  
mientras Miss Piggy se casa  
todos parecen un árbol de Navidad.

En cambio  
sabe muy bien cuán implacablemente  
la realidad achata, desperdiga.

## XVIII

¡Cuántas horas gastadas  
multiplicando asombros!  
Emigran las preguntas  
detrás de sus oscuros calendarios  
a comprender por qué una sola planta,  
el agua con que nos cerca el sueño,  
un sol que ya se aleja,  
pueden desordenar el latido del mundo.

## XIX

Tan obstinada como yo,  
mi cara  
sigue esperando cautelosa una sutil arruga  
para dominarla,  
para maltratarla con infantil sabiduría  
o espantarla si fuere necesario.

Compañera infatigable,  
plantea su sonrisa ventajista  
cuando otros fondos míos  
piden que les devuelva su caricia olvidada.

¡Cómo no he de cuidarla  
si es mi escudo y la sombra  
que no encuentro!  
Y me habla

cuando la miro para decirle  
que me espere,  
que no cambie tanto antes que me descubra

tan entera como quise ayer, tan huyente  
de la soledad como esta noche,  
tan conocida en cada espejo  
que ya no necesite preguntarle a mi imagen  
si ella me reproduce.  
Si habla de los caminos  
que en mí construyo debajo de la carne.

## XX

Sopla suave la brisa.  
El árbol legendario observa silencioso  
el paso agigantado de los años.

Oigo la tenue voz de la mujer secreta  
sobre las olas  
que llegan y se van, libres y frescas.

Mi nombre no existe  
traspasando la muralla del río.  
Allá yo crezco  
y recibo frutas del agua y de la tierra.  
Allá vivo.  
No sé si soy yo misma  
o una fugaz estrella más.

# **INTERLUIDO**

# 1

Maduros se han tornado estos viejos recuerdos  
en sus frías, innumerables máscaras domésticas.  
¿Qué voz dirá su grito cuando callemos todos?  
¿Será alguien capaz de devolvernos sin culpa  
aquel tiempo perdido detrás de los pupitres?

Nueve lunas  
me observan desde el vértigo.  
La memoria.  
Los altos espejos  
regresan en su vuelo.  
La memoria.  
Su despeinado canto.  
Su inmóvil transparencia de gitana.  
La memoria  
que busca esa región  
del huidizo rostro sin disfraces.

De pronto soy ahora  
una metáfora inútil debajo del paisaje.  
Un sueño pertinaz,  
amordazado.

Duermes, Adriana.  
Tu diminuto sueño  
busca ya su madera en el océano.  
El aire,  
el sol sobre tus cabellos.  
La tarde en tus ojos claros.

Abrázame,  
rosa primera de mi vida,  
cuerpo de mi cuerpo,  
niña.

# **LOS FUEGOS ENCENDIDOS**

# I

Desde el brocal perfecto de este pozo  
observo que en el fondo  
se acarician sin pausa  
serpientes y palomas.

Todos los mutismos están aquí de nuevo.

El horror de llorar y que se burlen.  
El terror de gritar y que me escuchen  
y que terminen silenciándome.  
¡Levanten la persiana  
y déjenme aprender a caminar!

## II

Cuando era niña me advirtieron  
que en el amor  
el que con fuego mata  
se quemamue.

¿Por qué nunca me hablaron  
de esta dulzura interminable?

### III

Muchacho nuevo,  
si me dejaras cultivar también tu jardín  
y obviaras preguntas biológicas.

Ven,  
salgamos a la mañana,  
salgamos a caminar  
porque sí.

Este es nuestro tiempo.

Déjame contagiarte  
esta terrible libertad  
para apresar  
lo inesperado.

Esta vez no se trata de entregarse

ni de medir la edad que sobra o falta.  
Aquí no entran ni siquiera planes.  
Y sin embargo estamos  
encendidos,  
extrañamente vivos.

## IV

...Este vacío  
termina  
allí donde te habitas  
y donde yo me miro  
para encontrar mi espejo  
y completarme.

## V

Cada mínima o alta pausa  
nos acerca  
sugiriendo con su lengua prestada  
que no pueden las manos ni las bocas  
detener este tránsito  
hecho de miel y luna hacia el abrazo

## VI

Freud desanduvo esta tarde nuestro mercado 122.  
Me detuve, pero mi sombrero estaba agujereado.  
Derroquemos las comillas, ¿no es más fácil así?  
Cuando te vi supe que podía rescatar mis cabellos,  
aquí por donde empiezo, alta, encogida y sola:  
un caballo altanero volando entre los senos.

## VII

Aunque no sepas ser el sol para todos  
fabricas auroras y sombras  
con la duda en la puerta.  
Inventas la noche jeroglífica,  
desparramas enigmas  
desde la punta de los dedos.  
Destruyes sílabas,  
tiempos y besos transparentes.

## VIII

Esta siesta,  
cuando me pediste el libro de alquimia  
y en tus ojos nada denunciaba  
la terca complicidad que ahora nos une,  
sólo entonces  
y de qué manera,  
supe por qué esperaste tantos años  
para buscar mi aliento  
y quejarte del olor a cigarrillo.

## IX

Torbellino en la tarde y su reposo.

Viento acostándose.

Sonrisa.

¿Quién alimenta a la paloma  
que retoza en tu pecho?

¿Que mira altivamente  
desde esos ojos calmos?

## X

Deja un lugar para que los anillos  
se olviden de sus dedos y sus piedras.  
Que nadie clame  
porque se han detenido las pupilas.  
No se mira sino lo que se quiere  
oír  
en esta verde manzana verde  
que amanece en sus círculos dorados.

## XI

Nada me basta. Nada.  
Quiero cielos despoblados.  
La piel que sea una sola  
entre las manos.  
Toda la tierra puesta  
entre los besos.

Quiero quiero  
con terquedad antigua  
mi sitio exacto,  
el único posible:  
entre esos brazos,  
mi puerto.  
Arrullo pasajero.  
Caricia interminable.

## XII

¿En dónde está tu acento,  
en qué sílaba  
de ti, que no descubro  
por qué te busco a tientas  
en el pequeño roce de miradas  
o en la sonrisa apenas?

### XIII

Así,  
como mano prestada de algún brazo  
o espiga  
desatinada de su tallo,  
así transito  
por la ventana de estas horas  
—trajín, tenso avatar—  
que nunca conocieron la mañana.

En vigilia inagotable  
vigilo tu llegada.  
Y muerde el viento.  
Ya nada permanece

y sin embargo  
reclamo  
lo que quedó del pan primero.

El que pasó entre harina y sueño  
sin encontrar su sitio.

## XIV

Era montaña.  
Era sendero.  
Era pájaro en migración.  
Era espesura.  
Era piedra y arco iris.  
Y también terremoto.  
Lluvia. Fuego.

Estaba habitada de gemidos  
que no desalojé.  
¡Perdí la llave!

## XV

Estos labios cerrados...  
Hubo un tiempo  
—tal vez sólo una hora—  
en que fueron  
cien gargantas  
en una enardecidas.  
Pero esta madrugada  
el vacío detuvo en cada línea  
—en las dos comisuras—  
sus dolorosas llaves.  
Viven del viejo sabor de otros labios  
y siguen reclamandolos  
abiertamente heridos.

## XVI

¿Hasta qué punto un hombre  
puede evitar el miedo a las alturas?

Cuando era débil se burlaban.

Cuando era fuerte querían someterlo.

El sonreía ante el posible contacto  
con otra piel  
en sutil equilibrio sobre el techo  
de su historia.

Confiaba en que lo inesperado  
no lo hiriera.

Aceptaba lo inevitable.

...Y hasta que murió sin conocerme.

## XVII

Cuando llega desatada y palpitante  
la llama del espejo, nos vemos.  
Y somos voces, horóscopos y gestos:  
un idioma del mundo.  
Ingrávida,  
como una flecha hiriente y tentadora  
nos grita la palabra mañana  
ceñida a la esperanza.  
A las sumas.  
A estos constantes ojos.  
A tu muerte.

## XVIII

Si una ley me cerca a otra estoy ligada  
flotando  
entre dioses con los que me confundo  
y caigo a tierra como un pañuelo ciego.

¿Quién podrá sostener la puerta del dolor  
—vano trasiego de esta noche—  
que se abre asediante y limpia  
sobre los olivares de tu pueblo?

## XIX

Porque de nuevo todos los aislados caminos  
convergen hacia ti  
visito  
la enredadera tenue del misterio  
que protege tu sombra  
desde cada sonrisa que te lleva,  
te trae,  
orillando mis casas y mis sueños.

## XX

Tardes hay en que aflora lo que somos  
a cabalgar furioso sobre el tiempo.  
¡Qué duro es enfrentamos  
con los gestos de ayer  
en esta olvidadiza pasión de los regresos!

Recorremos abrazados nuestra calle Colón  
y no nos duele nada bajo el aire.  
Sólo sobreviven los fantasmas.  
Se oye el sonido de la ilusión  
cuando se rompe.

## XXI

Todos los mutismos  
danzan junto a la tumba inesperada.  
¿Percibes los aullidos  
del silencio?  
¡Cómo es que puede así llamarnos,  
tan cerca de la muerte,  
tan lejos de tu risa!

Desamparadamente  
vuelvo a los números y al abecedario.

Voy con los pies descalzos  
y el cabello revuelto por el viento.

Observo cosas  
que no conozco.  
Miro entre las tinieblas  
las luces rojas.

.....  
Muchos hacen lo mismo alguna vez.

## XXII

Tu mano pequeña.

Tu mano.

¿Por qué se ensancha  
encerrando mi cintura en su cuenco?

El puente sigue allí  
con su río  
y sus árboles.

Nosotros  
desde aquí vamos hacia otra tierra:  
tú,  
sin ninguna huella.  
Yo,  
con mi mansedumbre aferrada a tu aliento.

## XXIII

¡Qué me importan los absurdos horarios!

Yo sé que ya no existes  
e involuntariamente prevalece la idea:  
la fugaz alegría de jugar con tu imagen  
con la misma inocencia  
de este gato en mis brazos.

## XXIV

Y si te miro y pienso  
con qué valiente obstinación  
lo inexplicable nos protege,  
me niego a separar tus pies ambiguos  
del río que es ya nuestro  
de tan bebido, así, como en un largo grito  
del que somos los dueños  
por derecho ganado en los combates.

## XXV

Abrazada a una lágrima  
que no encontró su cauce  
ni su hombro exacto como cántaro,  
te busco,  
desvelada, amarilla, taciturna.

Esta secreta llaga en mi secreto  
insomne merodea en esos cielos  
que nunca prometiste.

En esta subasta de emociones  
¿podré encontrar mi fuerza y mi estatura?

## XXVI

¿Dónde quedaron  
la luz despierta de la tarde,  
las pisadas clamando el trecho abierto,  
la blanda claridad de tierras ciertas,  
el lecho en su costumbre  
de transformarse en nido?

## XXVII

¿Soy ésta que gime sorprendida  
revuelto el tiempo en mí  
o aquella que pregunta por qué,  
cuando galopan  
siluetas extrañas en sus venas?

Hacia el día viene corriendo tu presencia.  
Pero no es hora.  
Pasa y se aleja, rauda,  
mientras se juntan todas las ausencias.

## XXVIII

Quedan  
estos caminos  
por los que ha transitado  
despierta la alegría.

Quedan  
la risa y el sofoco tras el árbol,  
un escondido nido de palomas.

Quedan  
aquella madrugada,  
este recuerdo:  
tu voz que llega así,  
sencillamente  
desde su desmemoria.

## XXIX

Yo anotaba tus culpas, minuciosa.  
Yo salía a buscarlas día tras día  
acumulando números y lágrimas.  
Fue tarde  
cuando encontré el umbral  
donde estaba tu cuerpo naufragante.  
Hace frío, dijiste.  
Nos miramos  
Dejando  
todos los fuegos encendidos.

## XXX

¿Recuerdas?

En esa esquina fuimos cómplices.

Ocultamos del día los colores

y todo fue un decir de ojos cerrados

con alfabeto pálido y medroso.

¡Yo no sabía que te asustarías!

Sólo quería recorrer tus secretos,

ajustar en un hueco mi semilla,

ver encenderse tu risa de candela,

desvestir tus insomnios y tus dudas.

Pero no me dejaste tiempo ni lugar:

allí quedó mi torpe

caricia

como un lucero niño, asesinado.

## XXXI

Una gota se mece afuera.  
¿Dónde se habrá posado?  
Disuelta ya,  
¿qué caminos buscará?  
Noche cerrada.  
Noche.  
(¿Por qué vienes a mí  
siempre que llueve?)

## XXXII

Deshabitada al fin  
veré crecer la bruma  
lastimando al lucero.  
Solo, el gato caminante  
desde las viejas techumbres  
contestará a mi grito  
con su largo maullido.

## XXXIII

Aún después de apartarte para siempre  
del gozo de saberte conocido  
y sobrentender que es imposible  
dejar una vez más  
mi huella en tu almohada,  
con un millar de puntos en común  
sobre esta sal azul de mis desdichas  
me digo que nada ha terminado  
porque nunca marcamos un comienzo.

## XXXIV

¡Estoy tan lejos!  
Debo volver a casa.  
A esta misma hora  
en alegre algarabía de voces gestos  
ayer  
se me perdió la risa.

Debo volver a casa.  
He dado tantas vueltas  
que ya no sé dónde dejé mis sueños.

Debo volver a casa.  
He caminado mucho  
y siento  
que es la primera vez  
que paso por el mundo.